

una viga colocada sobre un madero transversal en uno de cuyos extremos va colocado un peso, mientras el otro remata en una cuerda de la cual pende el cubo con que se saca el agua que se arroja en los canalizos; los segundos vienen á ser como una especie de rueda de noria día y noche movida por bueyes.

Aquí, como en Egipto, el principal trabajo de los labradores consiste en trazar, abrir y cerrar los canales. Los campos de durra de Kordofán están cercados con terraplenes para que no se escurran las aguas de lluvia. La labranza de la tierra no exige grandes cuidados, pues es sumamente fácil y no requiere abondar mucho en el suelo, bastando cavarlo superficialmente con la azada y sacarlo de cuando en cuando. Para escardar las malas hierbas de los campos de duchn, empléase en Kordofán una especie de media luna de hierro, llamada haschascha, adherida á un largo palo con la cual se cortan las raíces y que al propio tiempo hace en esos territorios las veces de moneda (véase el grabado de la página 160 del tomo I). El abono se hace generalmente extendiendo sobre el suelo una ligera capa de tierra extraída de los terrenos bajos de las estepas, que Rüppell considera como «sedimento antiguo en ellos depositado por extraordinarias inundaciones en otros tiempos ocurridas.»

Los principales productos agrícolas son en primera línea la durra, el duchn, el maíz, el trigo y la cebada; las judías y altramuces se cultivan en los terrenos ribereños sin necesidad de riego artificial. El sistema que se emplea para levantar la cosecha y para venderla es el mismo que en Egipto; esto no obstante, el grano se guarda en cilindros de barro herméticamente cerrados. El carácter aventurero que es un rasgo universalmente reconocido en el modo de ser de los nubios, y más aun el aumento de población que tanto se deja sentir en tiempo de paz, han impulsado á este pueblo á avanzar constantemente hacia el Sud. ¡Cuán pronto debe observarse el exceso de población en la estrecha faja cultivable que comprende el Nilo entre Abu Hammed y Berber y que á menudo apenas tiene una milla de anchura! «Indicio agradable de progreso de la cultura en esta región — dice Schweinfurth en su segundo viaje por el Nilo Blanco — es ver como los fellahs de Nubia van avanzando de día en día á lo largo de las orillas del Nilo Negro. En el espacio de pocas décadas, la población negra pasiva de este río ó ha sido acorralada ó ha tenido que oponer enérgica resistencia.» Los elementos que en estos territorios hicieron avanzar la civilización nubia bajo formas bárbaras no eran en su mayor parte pacíficos, pero los resultados de su marcha triunfante fueron la provechosa propagación de elementos activos. Mientras quedaban desiertos algunos terrenos fértiles de Nubia por haberse retirado hacia el Sud la población que antes los cultivara para sustraerse á la intolerable carga de las contribuciones que sobre ella pesaban, los yermos del alto Nilo, aun los más pequeños, convirtiéronse en tierras de labor; de suerte que mucho antes de que los egipcios extendieran su soberanía hacia el Sud, más allá de El Ais, ya les habían precedido esos colonos nubios que llevaron la cultura á las orillas del Nilo en la comarca de las islas schillukes.

El estado económico de los nubios, prescindiendo de los que habitan cerca de las ciudades, alcanza para todos ellos un nivel muy bajo, para los agricultores gracias al peso de los impuestos y para los pastores como consecuencia de su alejamiento de las fuentes de producción y á sus hábitos de sencillez. El único producto que éstos llevan al mercado es la manteca que puesta en odres de macho cabrío se derrite bajo la acción del calor tropical: los nubios son muy

aficionados á ella y se la beben en grandes cantidades; en cambio la fabricación del queso es nula en estos pueblos. El alimento usual de los pastores se compone de leche, durra y manteca; el pan escasea mucho en las comarcas del interior. La durra se muele y con su harina mezclada con agua se hacen unas tortas muy estimadas (*keled*). La carne sólo se come en las grandes solemnidades, y el arroz, los dátiles y el café son artículos de lujo: como bebida consúmese una especie de cerveza que se prepara con durra ó con avena y tiene un sabor sumamente ácido; los hababes y los bogos preparan, además, el vino de miel de los abisinios. Los que se atienen estrictamente á los preceptos del Alcorán beben aguamiel sin fermentar.

Los beduinos se alimentan en primer término de la leche que sacan de sus rebaños, de manteca y de queso, y en segundo de unos delgados flanes de harina de trigo ó de maíz que en la Arabia del Sud son sustituidos por una especie de polenta de maíz ó de durra. Las mujeres muelen la harina necesaria para estos manjares en un pequeño molino de mano. Los dátiles desempeñan también cierto papel en la alimentación de estos pueblos y las langostas son el plato obligado de los pobres. La principal bebida de los árabes, después del agua, no es el café propiamente dicho, que en los países en donde esta planta se cultiva sólo beben los montañeses, sino el cocimiento de las cáscaras tiernas de la aromática baya, que algunos califican de superior en aroma al café puro. Este se bebe generalmente en honor de los santos en determinadas ocasiones como, por ejemplo, en la primera noche que pasa en el buque el peregrino que por mar se dirige á la Meca. Esos pueblos, sin embargo, saben preparar el café, y los europeos que han visitado la Arabia reconocen unánimemente que el café que allí se gusta es infinitamente mejor que el que se toma en Europa. El comercio de aguardiente que los griegos tienen poco menos que monopolizado constituye uno de los negocios más productivos de las ciudades de las costas árabes. Los portugueses del Sud del cabo Delgado son tan buenos fabricantes de aguardientes como los de Angola y de la costa de Guinea y no faltan europeos de otras procedencias que de buena gana se dedicarían á comerciar con un artículo tan productivo; pero en estos puntos este comercio nunca ha dado buenos resultados, lo cual no deja de ser extraño, y los mismos portugueses rara vez han realizado buenos negocios con sus destilerías. El *matabitscho* no es el medio de circulación más común, ni el elemento oficial para cerrar un trato, ni siquiera un objeto de comercio importante: en este punto han dejado sentir su benéfica influencia los árabes así en los antiguos como en los modernos tiempos.

Generalmente se divide á los árabes en tres clases: 1.^a los habitantes de las ciudades, en su mayor parte comerciantes é industriales, es decir, los elementos más pacíficos y más ilustrados de la tribu; 2.^a los arab-dires, árabes seminómadas que viven en el borde del desierto unas veces en tiendas y otras en miserables chozas de barro; y 3.^a los arab bedus, ó sean los beduinos, que hoy, lo mismo que hace millares de años, llevan en las estepas una existencia errante y primitiva. En el fondo de esta clasificación hay cierta razón antropológica, etnográfica y económica. Al beduino le gusta á veces vivir en las ciudades, pero no por esto se convierte en ciudadano; Yambo, por ejemplo, es una ciudad genuinamente beduina, á pesar de lo cual sus habitantes, más que verdaderos vecinos, son rurales provisionalmente establecidos en ella: su traje es el beduino y cuenta como elementos imprescindibles la capa, el pañuelo de la cabeza y el puñal; viven principalmente de lo que les

producen sus bosques de palmeras, no toleran que ningún infiel habite en su ciudad, desprecian el comercio, y los que pueden pasan una parte del año en el campo. Los beduinos desdeñan no sólo el comercio sino también la industria, y en las costas abandonan la pesca y la navegación á otras gentes, distinguiéndose generalmente por su carencia de necesidades hasta el punto de contentarse con arroz, pan, pescado y dátiles. Algunos hechos salientes demuestran cuánto han contribuído la pereza y la superstición á estrechar el círculo de actividad de estos pueblos. Los matarifes de Yambo son todos meceneses, egipcios y wajabitas; los negros de Massauah y de Abisinia fabrican en dicha ciudad los fogones portátiles de arcilla que los peregrinos llevan consigo para tener siempre bebidas calientes que tan necesarias hace el traje sobrado ligero con que se visten. En las costas arábicas del Mar Rojo, la pesca, que tanta importancia tiene gracias á la gran cantidad de pescado que en Yambo y en otras ciudades se consume, está en manos de los et temis: estos et temis llevan una larga camisa de algodón blanca ó azul á grandes pliegues, como los fellahs egipcios, calzan sandalias de piel de manatí y habitan en chozas de ramujos ó en tiendas de pieles (*kemli*) que consisten en un armatoste de estacas cubierto de pieles de cabra. Sólo en Djidda encontramos el pueblecito pescador de los tuales, beduinos, que tienen en el interior una tribu hermana del mismo nombre: éstos, aunque pescadores, sienten profundo desprecio hacia los et temis, de los cuales únicamente se diferencian por el orgullo. Este desprecio que se profesa á la industria impide naturalmente el fomento de la misma, sintiéndose los funestos efectos de esta repulsión más pronto que en ninguna otra parte en las ciudades más expuestas á la competencia europea. Los bazares de Argel, de Túnez, del Cairo y de Smirna están llenos de productos de las industrias de Europa.

Los principales artículos que como procedentes de Nubia figuran en la exportación egipcia, son el café, la goma, el incienso, las hojas de sen, los tamarindos, el marfil y las plumas de avestruz; de éstos, el café, el marfil y las plumas de avestruz no son generalmente de procedencia nubia. La Nubia y los territorios á ella vecinos apenas contribuyen en $\frac{1}{10}$ á la exportación total egipcia.

Los productos de la alfarería, directamente relacionados con la tradición industrial egipcia, constituyen un artículo de comercio muy solicitado, siéndolo en especial, aun en el Alto Egipto, los porosos cántaros de arcilla (*auillehes*), que se fabrican con el fino limo del Nilo y en los cuales el agua se mantiene constantemente fresca gracias á la evaporación del líquido que por los poros se rezuma. Los salineros son una especie de casta industrial pobre que posee muy pequeños rebaños: por medio de la lixiviación de la tierra y de la evaporación del agua salada que con ello se obtiene, producen una sal blanca bastante buena que desde los alrededores de Arasch Kool se transporta á comarcas distantes. Con las delgadas raíces de las mimosas téjense cestitas parecidas á pilones de azúcar que se llenan con sal por valor de cinco piastras: esta sal es uno de los artículos más importantes del comercio interior de Kordofán y de los territorios fronterizos. Las mejores armas, sobre todo las grandes espadas, son importadas del extranjero, como las armaduras que antiguamente estaban tan en uso. Aun en las más sencillas labores de herrería son algunos negros del Alto Nilo superiores á los nubios, los cuales tuvieron durante largo tiempo bajo una especie de servidumbre industrial á los djures, por razón de los conocimientos que éstos tenían en cuanto con la forja se relacionaba. En los moder-

nos tiempos la industria y el comercio nubios han avanzado hasta muy adentro de los países negros. Para no pagar los derechos aduaneros de Kartum los nubios y los indígenas fabrican en Dem Suleimán brazaletes (véase el grabado primero de la pág. 201), puños de espada y mangos de puñal de marfil. En los alrededores de Dem Suleimán se encuentra oro y en la ciudad hay artífices que trabajan el oro y la plata, pudiendo admirarse en su lugar elegantes objetos cincelados al estilo árabe.

La navegación propiamente dicha de los árabes más bien ha retrocedido que ha avanzado. El viajero procedente del Nilo puede, con Lepsius, observar la diferencia que existe entre los marinos de ese río y los del mar, cuya existencia es más segura y más libre, y admirar los notables cantos misteriosos cuya letra se compone de renglones muy cortos y son entonados por uno de los tripulantes y repetidos por algunos de sus compañeros, mientras los demás les hacen el acompañamiento modulando sonidos muy parecidos al canto de las ranas. El timonel, colocado en un sitio elevado, también rema: algunas veces hace las funciones de tal un negro, hecho que demuestra con bastante elocuencia cuál es la situación de los actuales árabes en lo que atañe á la navegación del mar Rojo y que está corroborado por la circunstancia de que los árabes, que antes que los europeos hicieron uso de la brújula, hoy no utilicen más brújulas que las de manufactura europea. La afirmación con toda seriedad hecha por Procopius de que el mar Rojo es innavegable de noche, casi parece justificada por los actuales árabes, que rara vez se apartan de la costa y que sólo por fuerza mayor pasan la noche en alta mar. La *kandja* de los árabes, «que quizás es la embarcación más incivilizada de cuantas surcan el mar,» es un barco abierto ó semiabierto de 80 á 100 toneladas á lo sumo con dos mástiles un mucho más corto que otro, provistos de una verga hecha con un solo tronco pequeño que sostiene una vela latina. Las dos velas cuando están enteramente desplegadas se cruzan. Los botes para el Nilo que se construyen en Kartum son notables en su clase. Así como las plazas costaneras del mar Rojo tienen á su disposición maderas indias para la construcción naval que, en el fondo, parece ser también de origen indio, en Chartum es preciso emplear la madera de acacia, cuyas piezas han de estar perfectamente ajustadas para que la embarcación pueda resistir los rápidos de la corriente de aquel río. La única madera que en el Sudán puede ser aserrada en tablas es la de la *Acacia nilotica* y aun raras son las piezas que tienen tres metros de longitud. Además esta madera es tan dura que se hace preciso aserrarla cuando es tierna, operación nada fácil pues el arte de serrar es en el Sudán muy poco conocido. Para construir los mástiles y las vergas tienen los sudaneses que ajustar dos troncos. En cambio esta madera de acacia es tan recia, que pueden construirse con ella barcos de 30 metros de eslora por seis de manga con paredes de $\frac{1}{3}$ de metro de espesor sin necesidad de costillas ni de cruceros. Las tablas son ajustadas unas á otras, según su forma, por medio de fuertes clavos de hierro, formándose de esta suerte una especie de armatoste ciclópeo de madera que nada deja que desear en punto á simetría y que en cuanto á fortaleza puede resistir así los embates de las tempestades como los ataques de los hipopótamos. Un bote de éstos, cuyo mástil lleva una vela latina, viene á costar cinco veces más que una embarcación europea de roble. Y á pesar de todas estas dificultades la construcción naval ha alcanzado tan importante desarrollo en Kartum que hasta muy arriba del Nilo han sido destruídos los bosques de acacias.

Las dificultades y aun peligros que el Nilo Blanco y sus

afluentes ofrece á la navegación tienen bastante importancia. Ya en otra ocasión (tomo I pág. 306) hemos hablado de las barras de juncos y de hierbas que obstruyen el alto Nilo hasta los 8° de latitud Norte y por entre las cuales los tripulantes han de empujar las embarcaciones á fuerza de brazos en aquellas aguas tan pobladas de cocodrilos. A estos obstáculos hay que agregar las tempestades, los bancos de arena, los hipopótamos, las abejas salvajes y las prevenciones de los indígenas tan temerosos de perder su libertad. En cambio la navegación del Nilo Blanco está muy favorecida por la regularidad de las corrientes de aire. Es muy particular el hecho conocido de todos los marinos del Sudán de que estas corrientes de viento con ser tan fuertes sólo muy lentamente avanzan hacia el Sud; de aquí que los barcos mercantes esperen á veces para hacerse á la mar al mes de diciembre. A fines de marzo y principios de abril déjense sentir en el alto Abiad los vientos del Sud á favor de los cuales dirígense nuevamente las embarcaciones hacia las comarcas septentrionales, y por esta razón en esta época numerosas flotas surcan el Nilo, unas remontando y otras descendiendo por su corriente.

Algunos pozos con sus correspondientes cacharros para beber y cafetines en donde en caso de necesidad puede encontrarse pan de durra facilitan el tráfico por los caminos del Sud de Arabia. Como animales de carga empleáanse con preferencia los asnos ligeros de Yemen y los camellos. Hace algunos años no había en todo este territorio más que un pequeño trozo de camino que había mandado construir el bajá de Sana para su coche, único existente en toda la Arabia, pero los dibujos que se encuentran en las rocas y que representan un carro de cuatro ruedas tirado por dos camellos (como los vió Wallin en Tebuk) parecen indicar que no siempre fué esto así, siendo posible que los egipcios imitaran los carros de combate de los semitas. Los principales caminos de Arabia son los de las caravanas que se dirigen á la Meca, á Medina, á Sana y á las ciudades de la costa: en ellos hay emplazados lugares neutrales de descanso y de mercado, como Al Hidschr, colonia de tribus comerciantes especialmente de judíos, establecida en Wadi al Kor, ó como Riad, por donde pasaba la caravana persa que compuesta de 3 ó 4.000 personas se encaminaba á la Meca, y que actualmente pasa por Hail.

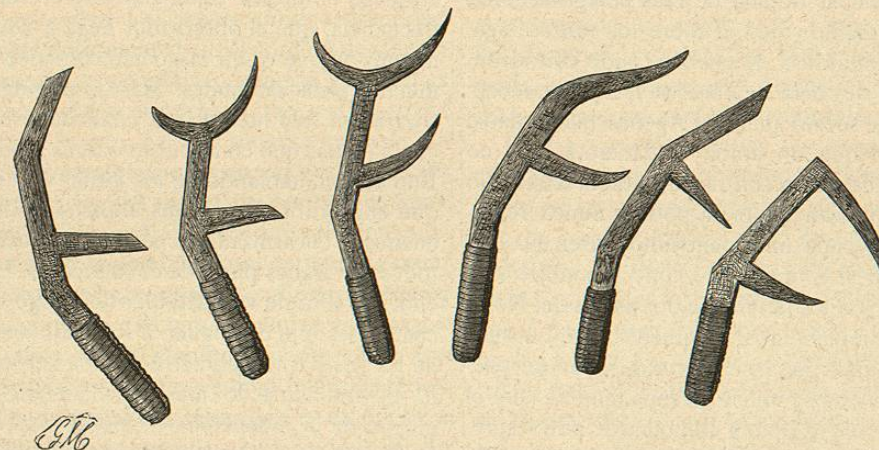
Está fuera de toda duda que ya en tiempo de los antiguos egipcios Nubia comerciaba con los países negros del Sud, como lo prueba suficientemente la presencia de esclavos negros y de marfil en los antiguos mercados de Egipto; pero este tráfico decayó de tal manera durante los siglos de decadencia y de despoblamiento de los territorios nubios, que cuando en el siglo presente se abrió nuevamente al comercio el Nilo Blanco se encontraron grandes cantidades de precioso marfil en poder de los habitantes de las orillas de este río, que cazaban á los elefantes, que en manadas poblaban los pantanos y las selvas vírgenes, aprovechando de ellos sólo la carne y despreciando ó poco menos los colmillos, que vendían por unos puñados de cuentas ordinarias de cristal de Venecia. Los negros confeccionaban, es cierto, con marfil brazaletes, pequeñas porras y armas contundentes, trompetas y estacas para amarrar las vacas, pero no daban valor alguno á la posesión de tales objetos. Sucedió, pues, allí lo mismo que lo holandeses observaron en el Cabo, en el siglo décimoséptimo, pero este estado de cosas desapareció aquí y allí rápidamente. Cuando Schweinfurth en su segundo viaje llegó á Kartum en 1868, hacía muchos años que la exportación de marfil en esa plaza no excedía de $\frac{1}{2}$ millón de thalers (de María Teresa) y aun no habría alcanzado esta cifra si los comerciantes no se

hubiesen internado cada año más en las regiones del alto Nilo. Y esto que el marfil, nótese bien, era lo único que movía á los exploradores á visitar las regiones hasta entonces desconocidas. Las expediciones regulares de los mercaderes de esclavos no utilizaron hasta mucho después los caminos visitados por los comerciantes de marfil y las estaciones por éstos fundadas, pudiendo asegurarse que sin estos gastadores no hubieran aquéllos podido extender tan rápidamente ni en tanta escala sus *razzias* por el interior.

El comercio con los negros limitóse en un principio á los territorios ribereños del Abiad propiamente dicho y del Kir y á los del bajo Sobat, pero muy pronto tomó el comercio un carácter sanguinario y rapaz, pues agotado el exceso de marfil hubo de encauzarse el exceso de seres humanos hacia los mercados de Nubia y de Egipto. El comercio engendró la guerra: las brutalidades de los comerciantes y de sus séquitos y el rapto de hombres que cada día adquiría mayor preponderancia muy pronto fueron causa aquí y allí de choques sangrientos con los inofensivos indígenas, quienes acabaron por oponer seria resistencia en muchos lugares y procuraron apartar violentamente de sus residencias las embarcaciones. Cuando la tripulación de un bote había hecho irrupción en cualquier territorio suyo, los negros tomaban venganza del primer barco que llegaba á sus playas: los merodeadores aislados que lograban apresar eran por ellos inmediatamente asesinados. Los comerciantes vieron, en su consecuencia, obligados á tomar á bordo, en vez de unos pocos marineros y criados, á cierto número de tripulantes armados á quienes se daba el nombre de soldados y á fletar, en lugar de una, dos y tres embarcaciones juntas. Cada una de estas flotillas llevaba de 40 á 100 *asakas* (soldados) perfectamente armados, que comparados con los negros constituían una fuerza imponente. Los gastos por estas causas notablemente aumentados que exigía la expedición, la escasez cada vez mayor de productos mercantiles que se notaba en las cercanías de las vías acuáticas y los precios cada día más altos de los géneros hacían que muchas veces no pudiera cubrirse el coste de la expedición. Los negros exigían á cambio de marfil y esclavos objetos de valía, tales como brazaletes de cobre, aguardiente y sobre todo vacas, que consideraban como suprema riqueza. Así las cosas, los comerciantes hacían causa común con una tribu bajo cuya dirección atacaban á otra tribu vecina á la que procuraban hacer los más prisioneros posibles para poderse los llevar luego como esclavos: al propio tiempo robaban cuantas reses encontraban á su paso, que en parte servían para satisfacer á algunos negros amigos y en parte se utilizaban como artículos de cambio. En estas expediciones de rapiña se descubría algunas veces que tierra adentro se encontraban grandes cantidades de colmillos de elefante. La mayor parte de los expedicionarios fundaban en los distritos, cuya amistad habían conseguido gracias al robo de ganados hecho en común, residencias fijas llamadas *seribes*, en las cuales se dejaba una guarnición permanente. De esta suerte los árabes y los nubios se fueron haciendo dueños de una parte del territorio del alto Nilo, pero no dueños ansiosos de hacer el bienestar de estos países y afanosos de administrarlos bien con la mirada fija en lo que había de conservarse y de desarrollarse para lo futuro, sino dueños y señores egoístas y explotadores. Entre estos comerciantes hay muy pocos como el nubio Mohamed Abu Sammat, el amigo de Schweinfurth, que al par que como un héroe supo con la espada en la mano utilizar para sus intereses mercantiles Estados enteros en el alto Nilo, fué un hombre lleno de inteligencia y de afán por saber. Este ejemplo demuestra, sin embargo, las buenas

calidades que en el fondo de esta raza se ocultan y explica el éxito alcanzado por los pocos que han sabido darlo. La soberanía egipcia de tal modo preparada llevó durante muchos años el infamante sello de la estrecha alianza con los intereses de los comerciantes y de los cazadores de esclavos, siendo en este acontecimiento muy escasa la influencia de los nubios como portadores de una civilización. «Hace quince años, — escribía Schweinfurth en 1869, — que los nubios residen en este país y á pesar de ello no han enseñado á los indígenas á cocer ladrillos ni á fabricar carbón vegetal; no sólo han sido demasiado indolentes y perezosos para explotar por sí mismos los veneros de riqueza que con pródiga mano la naturaleza allí les ofrecía, sino que ni siquiera han tenido la escasa energía necesaria para emplear en ello la actividad de sus súbditos. Este estado de cosas presenta á los ojos del observador el cuadro exacto,

bien que en pequeño, que ofrece el islamismo con sus tendencias retrógradas al influir en el modo de ser de los demás pueblos.» Este viajero en su gran expedición al corazón de Africa, hubo de seguir las huellas de los mercaderes de esclavos nubios á quienes pudo con este motivo conocer perfectamente, y entre otras cosas nos dice que en la época en que visitó el país de los bongos, todo el territorio comprendido entre Tondch y Dchan, en una extensión de 20 millas geográficas alemanas, tres años antes muy bien cultivado y densamente poblado, apenas contaba unas pocas residencias de bongos agrupadas alrededor del seribe de Scherif y de Abu Sammat. «Desde que los bongos huyeron en masa para sustraerse á la dominación de los dinkas, sólo elefantes y antílopes pacen en los abundantes herbazales de aquel territorio antes cultivado, por entre los cuales distingúense todavía los restos carbonizados de



Hierros arrojadizos de los tibbás. (Según Nachtigal).

grandes aldeas.» El nombre de *djellabahes*, comerciantes nubio-árabes, había llegado á ser el bu de los niños negros: Telkin, en su viaje al Sudán, oyó una tarde á varias mujeres que mientras molfan harina cantaban una canción que libremente traducida venía á decir poco más ó menos:

«Produce y muele con presteza, pues los djellabahes son fuertes
y si no trabajamos nos pegan con palos.
Y si no tienen palos nos disparan sus fusiles;
¡Producid y moled con todas vuestras fuerzas!»

Andando el tiempo, pues, los comerciantes se convirtieron en guerreros y el objetivo de sus viajes no fué ya el comercio sino el robo: la tribu de los baggaras proporcionaba mercenarios á estos bandidos. Muchos barcos en apariencia mercantes, que en octubre y en noviembre visitaban el río á pretexto de comprar marfil, en vez de llevar géneros para verificar los cambios, llevaban únicamente armas de fuego y municiones. Los expedicionarios se asociaban con algunos «copartícipes en el negocio,» poseedores de buenos caballos y armados con mosquetes, contingente que aquéllos sacaban de los baggaras, pueblo cuya pacífica vida pastoril no era óbice para que fuesen á la vez valientes cazadores de elefantes y bandidos. A menudo se juntaban muchas de estas embarcaciones formando un contingente de 100 soldados por lo menos y se encaminaban hacia el país de los dinkas; si la expedición se veía coronada por un feliz éxito, los baggaras recibían una parte del botín alcanzado. De cuán eficazmente trabajaban estos baggaras ofrecenos una buena prueba la actividad de uno de los hombres más ilustres de su tribu, Mohamed Kher; en efecto, éste fué quien hace algunas décadas y en calidad de temido jefe de una cuadrilla de bandidos de su

tribu, no sólo fué el terror de los schillukes sino que, con todo y estar en lucha con el gobernador egipcio de Kartum, vino á ser el precursor de la invasión egipcia en el Nilo hacia el Sud y el maestro de la guerra de guerrillas con tanta fortuna seguida en esta ocasión. Todavía se enseña actualmente su fortaleza, cubierta de huesos humanos en la orilla derecha del Nilo. A él se debe en gran parte la asombrosa disminución que ha sufrido la población de los dinkas en otro tiempo tan numerosa y esparcida en los centenares de aldeas que junto al río encontraron los acompañantes de la expedición enviada por Mehemed Alí al Sud y que hoy han desaparecido por completo. En la actualidad estos dinkas habitan á muchas jornadas tierra adentro. «Como resultado de las incesantes expediciones de rapiña de Mohamed Kher, toda la orilla oriental del Nilo en este sitio ha quedado convertida en un desierto.» (Schweinfurth.) Muchos europeos de Kartum sostenían amistosas relaciones con Mohamed Kher y le prestaban por todo el tiempo necesario sus buques completamente equipados. H'etlet Kata se elevó muy pronto al rango de importante plaza mercantil, en donde reina al presente como sultán absoluto el antiguo djelab: esta ciudad fué fortificada con trincheras, púsose en ella una guarnición y los guerreros baggaras se establecieron con sus rebaños en sus inmediaciones; de los schillukes que habitaban alrededor de la misma, unos se sometieron, otros fueron vendidos como esclavos y otros finalmente fusilados por rebeldes.

De esta suerte nació el sistema de los *seribes*, viviendas nubias diseminadas por los territorios del alto Nilo que eran á la vez depósitos mercantiles, arsenales y plantaciones, y que no sólo representaron un papel importantísimo